LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 12 DE MAYO DE 1890 — NUM. 437

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID



LA MUERTE DE SERTORIO, fragmento de un cuadro de D. Vicente Cutanda

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *La remolienda* (costumbres chilenas), por Eva Canel. – *El hombre del violón* (continuación), por D. Pedro Talavera. – *Obras hidráulicas en San Diego de California.* – Física sin aparatos: *Fuerza centrífuga.*

GRABADOS. – *La muerte de Sertorio,* fragmento de un cuadro de don Vicente Cutanda. – *Los rapazuelos,* cuadro de José M. Marqués. – *La pradera,* cuadro de Julián Dupré. – *El secreto sorprendido,* cuadro de E. Meisel. – *Exposición de objetos procedentes de Africa.*

NUESTROS GRABADOS

LA MUERTE DE SERTORIO

fragmento de un cuadro de D. Vicente Cutanda

(Exposición Nacional de Bellas Artes)

Veíase la poderosa Roma amenazada de perder la tan preciada provincia hispánica y el anciano y prudente Metelo y el joven y arrogante Pompeyo eran impotentes para vencer al valeroso Sertorio que había logrado hacerse suyos á los españoles é implantar en España instituciones análogas á las que en su patria regían. Pero lo que esos generales romanos no consiguieron en buena lid, fiáronlo á la traición, y el éxito más completo coronó su proyecto inicuo. Perpenna, el amigo y segundo de Sertorio, envidioso de la gloria por éste alcanzada y creyendo que, desaparecido el rival, poco había de costarle ocupar su puesto y ser el continuador de sus victorias, tramó una conspiración y atrayéndole por medio de un engaño hizo asesinar infamemente al noble caudillo, que tuvo un asesino en el que él había nombrado su heredero y sucesor.

El conocido pintor valenciano D. Vicente Cutanda ha reproducido la sangrienta escena en el hermoso cuadro enviado á la Exposición Nacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Madrid. Sorprende en el fragmento que del lienzo publicamos el sentimiento dramático del conjunto, la expresión enérgica que en sus rostros y en sus actitudes revelan el infeliz Sertorio y sus implacables asesinos y el vigor de la pincelada que se adivina en los menores detalles y que imprime un sello de grandiosidad en todo el grupo.

Por todo ello merece su autor los más sinceros elogios y merécelos también por haber consagrado su indiscutible talento á una obra de un género que no porque algunos lo califiquen de pasado de moda deja de ser digno de estudio y admiración y que puede luchar sin desventaja con los que hoy prevalecen en el mundo del arte.

LOS RAPAZUELOS, cuadro de José M. Marqués

Nuestro querido colaborador ha dado con este cuadro una prueba más de lo que tantas veces hemos ensalzado en él, á saber: de su buen acierto en la elección de temas, de la delicadeza con que una vez elegidos siente sus bellezas y del arte con que al sentirlas las reproduce. La naturaleza llena de encantos, el alma rebosando sentimiento artístico y el estudio nunca interrumpido y encaminado siempre hacia el más allá que el pintor jamás debe perder de vista; tales son los elementos con que cuenta Marqués para sus deliciosas composiciones y que se revelan en el paisaje que hoy reproducimos. La frondosa arboleda que en el fondo se distingue, la casa de labranza que á la sombra de ella se levanta, las flores que esmaltan el ribazo, el cielo que límpido se refleja en las murmuradoras aguas del arroyo en donde entretienen sus ocios los dos lindos rapazuelos, todo infunde en el ánimo del espectador un apacible bienestar y hace nacer en él, si es que no los siente ya, vivos deseos de disfrutar de la placentera calma del campo.

El pintor que, como Marqués, logra con un cuadro este resultado puede darse por satisfecho tanto más cuanto que los tiempos que corremos no son los más á propósito para inclinar al alma hacia esas que más de uno llama rancias sensiblerías.

LA PRADERA

cuadro de Julián Dupré, grabado por Baude

(Salón de París de 1889)

La firma de Julián Dupré no es desconocida para nuestros lectores, pues hace algún tiempo, en el número 397 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, publicamos del mismo autor el cuadro *La forrajera.* Como en el de entonces admírase en el de ahora una plausible y marcada tendencia á buscar la belleza en el naturalismo campestre, exento de todo artificio hasta el punto de ser casi copia exacta de una de esas escenas que tan profusamente nos ofrece la vida rural y que, inadvertidas quizás por los profanos ó por los poco aficionados á la sencillez de los campos, atraen con razón al artista y le inspiran obras tan bellas como *La pradera,* muy celebrada en el Salón de París de 1889.

EL SECRETO SORPRENDIDO

cuadro de E. Meisel, grabado por Bong

Al fin han podido más las dulces insinuaciones del enamorado doncel que el propósito que la joven se había hecho de guardar oculto lo que desde tanto tiempo tenía conturbada su alma. El amoroso secreto ha sido sorprendido y la dulce sonrisa de ella demuestra que él ha puesto el dedo en la llaga. Algo más nos dice el bonito cuadro de Meisel y es que el adivinador no ha tenido que esforzar mucho el ingenio para descubrir lo que harto le hacían suponer las miradas, los rubores y esa corriente misteriosa que se establece entre dos corazones que se quieren, pero cual si quisiera vengarse de la incertidumbre en que la *ingrata* se ha complacido en mantenerle, gózase ahora en prolongar la turbación de ésta hasta lograr que los labios repitan lo que de sobra han expresado los ojos.

Exposición de objetos procedentes de Africa

La Exposición recientemente inaugurada en la Galería Victoria es una de las más interesantes que actualmente puede visitarse en Londres. Compónese de retratos, reliquias, mapas, pinturas y curiosidades de toda clase que, representando la historia de las exploraciones africanas, desde los tiempos de Ptolomeo á los de Stanley, reproducen gráficamente la «tragedia de Africa» que bien puede llamarse así por el sinnúmero de vidas que en tantas y tan arduas empresas se han sacrificado.

Los grabados que en la página 599 publicamos son copias de algunos de los principales objetos expuestos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LAS LAVANDERAS

cuadro de Mr. Lhermitte, grabado por Baude

La nueva obra de Mr. Lhermitte es digna del autor de la magnífica serie de los *Meses* tan conocida en Francia y en la cual el ilustre pintor ha sabido reproducir con tanto vigor como sinceridad la impresión de las estaciones en su incesante marcha y la diversidad de espectáculos que en cada mes ofrece la campiña. A la campiña nos transporta también en *Las lavanderas,* á uno de estos sitios recogidos y bañados de luz en que tan perfectamente sabe colocar sus grupos; y es tal la magia de su pincel que de una escena vulgar, como la de esas rústicas mujeres entregadas á una faena prosaica, ha sabido hacer un verdadero poema lleno de poesía, no pensando alto, pero sí sintiendo hondo y pintando claro.

LA REMOLIENDA

(COSTUMBRES CHILENAS)

Miradla requebrándose incitante; llevando y trayendo á su pareja del uno al otro lado de la estancia, cogiendo apenas con la punta de los dedos de su mano izquierda la falda de apretados frunces y levantando graciosamente su derecha, en donde revolotea un pañuelo que parece el banderín de enganche de las mujeres sandungueras.

Es la *huasa* chilena, la hija de un *chacarero* (labrador) la que arrogante, con el cuello erguido, las mejillas echando lumbre y los ojos despidiendo chispas, aguarda que acaben los alborotados compases que de introducción sirven á la *Zamacueca* y á que comience la copla para contonearse arrullando á su pareja, tan pronto rozándole la mejilla con el juguetón pañuelo, como obligándole á seguirla jadeante, en fuerza de tantos quiebros y de tantas guiñadas.

El *huaso* (campesino), buen mozo, que de frente la mira, es un pretendiente con más estampa que fortuna; pues la ingrata de sus ilusiones, suele darle los más negros celos que jamás un corazón pudieran haber torturado.

Es *Antuca* (Antonia) una mocita caprichosa y coqueta, de talle esbelto y de cintura más cimbreadora que las palmeras del coco, ni alta ni baja, apretadita de carnes, de color tostado y de cutis suavísimo que exhala por todos los poros el perfume cálido de una sangre hirviente y pastosa.

Cucho (Agustín), su pretendiente, es el mayordomo de la *chacra,* elevado casi á la categoría de dueño, pues el *patrón* padece una parálisis que le imposibilita para ocuparse de sus tierras, consistentes en una legua de terreno, bien cultivado, con cuyo producto viven con holgura y algo queda para obsequiar, siguiendo la hospitalaria costumbre americana, á todo el que echa pie á tierra en los dominios del hacendado, pidiendo un plato de *cazuela* para él y un pienso para su caballo.

Aspiraba el mayordomo á la mano de Antuca, sin otros títulos para merecerla que su figura no despreciable de huaso *leío* y *escrebío* que por algo sus difuntos padres le habían mandado de niño al colegio para que *deprendiese* lo que sabía.

Era trabajador y formal, bebía razonablemente, quiere decir, que ni perdía el aplomo ni se *tomaba* (emborrachaba), por lo cual conservaba siempre la serenidad, de que tanto gustaba su patrón, y no miraba éste con malos ojos que el amor hacia su hija, de día en día sentase con más arraigo sus reales en aquel corazón indomable á la par que ternísimo.

La caprichosa mocita cuidábase poco de que la traidora duda fuese causa de que despidiesen fulgurosos relámpagos las negras pupilas del *huaso,* cuando un golpetazo imprevisto sonaba cruel en la puerta medio entornada de sus esperanzas.

La noche que les vemos, uno frente á otro, mirándose, él á ella con pasión y á él ella con lánguida y traidora coquetería, celebrábase en la *chacra* el santo de Antuquita con una remolienda de las que empiezan en Chile, cuando menos se piensa, sin que al empezarla pueda nadie asegurar la hora ni el día que ha de tener término.

Gozaba el padre de Antuca fama de rumboso, y la verdad era que cuando en su hacienda se *remolía* arroyaban la chicha y el aguardiente y no se daban punto de reposo las *arpistas* y *cántaras,* hasta que al rayar el alba se descansaba para reparar las fuerzas con el exquisito *charquicán.*

Es este guiso chileno un caldo con tropezoncitos de *charqui* (cecina), tan gustoso y agradable que sabe á gloria después de una noche de *remolienda,* de señores ó de *huasos,* que para los efectos del charquicán viene á ser lo mismo, y reanima los desmayados cuerpos disponiéndolos á continuar *remoliendo* hasta que las reuniones se deshacen por ausencia de los unos y de los otros, pero nunca por cansancio ni menos por insinuación de los dueños de la casa.

Si la fiesta se prolonga por algunos días, allí se almuerza y se come, haciendo cada cual como si en la propia casa estuviera, seguro que no ha de molestar, pues que á tanto se prestan la cordialidad y las costumbres benditas del mundo de Colón.

Alguien ha dicho que los chilenos no son hospitalarios y esta es una calumnia como un templo: son tardos para franquear sus puertas, porque desconfían del amigo improvisado, pero una vez franqueadas conviértense en esclavos del huésped, como las leyes de la hospitalidad tienen desde tiempo inmemorial prescrito.

San Antonio había llevado á la hacienda del padre de Antuca á todos los *huasos* vecinos, y también á tres ó cuatro elegantes jóvenes de la ciudad cercana, que gustaban de la gracia y donaire de la *huasa* y bebían por ella los vientos.

Trataba á todos Antuca con el propio despego, no obstante recibir con sin igual complacencia los regalitos que solían llevarla los *jútres* (señoritos), y esta facilidad de la mocita para dejarse querer sin compromiso, constituía el martirio de muchos y la desesperación de Cucho, que se sublevaba cada vez que su novia, pues que lo era, admitía obsequios de algún hombre.

Eran las diez de la noche y estaba el baile en su apogeo.

Tres arpas lanzaban al unísono compases de *cueca* y otras tantas *cantaoras* turnaban en las coplas, que por turno también bailaban las animadas parejas.

– ¡Venga! – dice una voz cuando la *cantaora* se dispone á soltar los gallos y *jipíos* con que la cueca de buena ley, sin mistificaciones artísticas, debe ser cantada.

Y la cantadora dice:

Que si de vidrio fueran
¡Ay, mamita! los corazones:
Ay qué claritas se vieran
¡Ay, mamita! las intenciones.

Y aquí comienzan los concurrentes á corear con palmas y frases criollas, mientras la cantadora repite tantas veces como la ordenanza prescribe:

«¡Ay! ¡ayayay! ¡ay, mamita! las intenciones, etc., etc.»

Y no continúo porque tiene la música indígena algo que ni se expresa ni se copia ni puede reflejarla el que no la ha escuchado, cuando en la cuna le arrullaban con ella; se oye y se siente, la mente y el alma la recogen y la cantan para sí, pero no le *resulta* al profano que quiere repetirla creyendo entusiasmar con la copia como á él le hubo entusiasmado el original.

Terminan Cucho y Antuca su ronda compuesta de dos coplas y suena una salva de aplausos. Ella corre á sentarse serena y arrogante con su triunfo, entre dos *jútres* que le ofrecen asiento en un banco, y él con menor precipitación, se retira á un extremo de la estancia recostándose sobre uno de los caballetes que sostienen monturas y arreos, chapeados de plata.

La sala en donde el baile se celebraba era más larga que ancha y muy espaciosa. La puerta exterior comunicaba con un gran patio empedrado, en donde estaban las cuadras, cocina, cuartos de mayordomo y peones, con las demás dependencias necesarias á una hacienda, que si no era de las mejores no era tampoco de las más malas.

En las dos cabeceras de lo que, por su tamaño, debiéramos llamar salón, estaban los dormitorios de Antuca y su padre, cuyas entradas, apenas cubiertas con cortinas de percal recogidas á ambos lados de las puertas, dejaban ver el interior de aquéllos, limpios y hasta elegantes para lo que esperarse pudiera de una hacienda de *huasos.*

A las claras se echaba de ver que el dormitorio de la izquierda era de Antuca. La cama tenía colgaduras de percal igualito al de las cortinas y tenía también tocador, mientras su padre se conformaba con un tres pies de hierro para sostener la jofaina de hoja de lata, y veíanse en las paredes algunas estampas encerradas en marquitos de madera ó en medias cañas doradas.

El salón, llamémosle así, hacía las veces de tal y también de comedor, á la vez que en él se guardaban las monturas y los frenos, para librarlos de algún aficionado á las cosas buenas, y era el tal salón ó comedor un conjunto abigarrado de objetos muy diferentes entre sí, colocados sin la menor noción de la estética, pero con el instinto del orden y del bien parecer.

De algunas escarpias que agujereaban la pared más de lo conveniente al yeso que la blanqueaba, pendían dos *vihuelas,* instrumento indispensable para la vida del *huaso,* y unos cuantos marcos sosteniendo grabados de novelas por entregas y retratos de prohombres chilenos.

Un José Miguel Carrera, de litografía, amarillento ya y salpicado de puntos que acusaban la presencia de asquerosos bichejos alados, era de mayor tamaño que sus compañeros de época, como si al destacarse en aquellas humildes paredes, quisiese recordar á los que le contemplaban que mayores habían sido también su grandeza y sus infortunios.

La gran mesa, tosca, renegrida y antiquísima, labrada con arabescos que parecían hechos á *punta de cuchillo romo,* había sido arrimada para dejar más espacio á los bailadores y veíase ocupada por una batería de vasos, copas, botellas de aguardiente y jarros de *chicha.*

Tres caballetes ó burros de madera cargados con monturas, frenos y jáquimas, hacían *pendant* á la mesa, y las sillas y bancos por acá y acullá repartidos estaban ocupados por *huasas,* jóvenes la mayor parte, aunque no faltaba alguna madre de buena *vitola* que echaba su vuelta con más gracia y donaire que la mocita que mejor lo hiciese.

En un rincón apiñábanse arpistas y cantadoras con el apéndice de un *vihuelista* que tocaba polkas y valses, por si á algún *jútre* le daba la gana de pedirlos.

Eran las *arpistas* ya entradas en años, y las cantaoras jóvenes todavía, pero viéndolas nadie podía presumir que se convirtiesen en grillos mal mantenidos ó en gatas escaldadas cuando lanzaban los chillidos inevitables por la muy alta tesitura en que la cueca se canta.

¡Qué resistencia de gargantas!

Imposible competir con ellas en dureza de laringe,



LOS RAPAZUELOS, cuadro de D. José M. Marqués

ni menos prescindir de sus gritos; sin éstos, ni el baile estaría en carácter, ni produciría los entusiasmos que produce.

He dicho que Cucho se había arrimado á uno de los caballetes que sostenían las monturas: era precisamente el que tenía la de Antuca, una silla muy mona de terciopelo *punzó* (encarnado) bordada con hilo de plata que no había más que pedir, pero entonces estaba cuidadosamente cubierta con una funda de ante.

Puso el *huaso* su mano derecha sobre el gancho y por unos segundos se quedó contemplando el asiento que tantas veces había sostenido á la intrépida jinete que le robaba el alma.

Antuca, que hablaba con los dos *jútres* acaramelados que le chicharreaban en ambos oídos, miraba á su amante con el rabillo del ojo y comprendía que aquella noche, como otras muchas, lo atormentaban los celos, cosa que á la *huasa* llenaba de orgullo, porque más que de quererlos gustaba de que la quisiesen los hombres y sobre todo de que pasasen fatigas por sus pedazos.

Volvieron á oirse preludios de música; esta vez era la *vihuela* que templaba sus cuerdas para acompañar á las *niñas* cantaoras algunas tonadas de aquellas dulces y cadenciosas, que tienen su origen en la viveza de pasiones del campesino chileno.

Antuca se levantó; encaminóse á su cuarto, y pudo ver Cucho que mirándose al espejo alisábase un poco el cabello y componía las dos largas trenzas que por la espalda se le desmadejaban.

Terminado que hubo su sencillo retoque reapareció en la sala y fuése derecha á donde Cucho estaba recostado.

– ¿Qué *hacis* aquí tan *callao*? – le dijo, clavando sus traidores ojos en los apasionados de su amante.

– Mirándote *pú* (contracción de pues).

– ¿Y qué me miras?

– Lo que estás mostrando.

– ¿Y qué es lo que muestro?

– Pues, que no me quieres.

Antuca soltó una carcajada que fué para el *huaso* más cruel mil veces que si la punta de un hierro candente penetrase en sus carnes.

– ¿Con que no te quiero?

– ¡Mo!

– ¿Y en qué lo has *conosío*?

– En que tienes el *tiemple* (el amor) en otra parte.

– ¿De quién hablas? de aquellos dos *jútres*?

– ¿De aquellos? Mo.

– Pues no te entiendo.

– De sobra que sí que me entiendes, pero no quieres darte por *entendía*.

– Te *igo* que no.

– Pues dime si no echas de menos alguno.

– Yo no echo de menos á *naide* cuando tú estás á mi *vera*.

– Entonces ¿por qué *aguaitas* (miras, espías) de vez en cuando como si esperases ver *dentrar* alguno?

– Pues *ay* verás tú.

– Contesta: cualquiera diría que *tas quedao múa*.

– Sí, *pú, múa*.

– Pues, *múa*, ¿por qué no contestas?

Efectivamente, Antuca aguardaba que le diese Cucho celos con los dos petimetres que le calentaban los oídos, pero no estaba preparada para una pregunta que le llegaba á lo vivo. Era verdad que había mirado á la puerta varias veces y hasta que había *parado la oreja*, fingiéndose distraída, escuchando si sonaban pisadas de caballo sobre los morrillos del patio, pero no creyó que su novio pudiese penetrar su pensamiento ni sus miradas.

– Vaya, Antuquita, confiésame que algo te *farta*.

– A mí no me falta *naita*, que *too* lo tengo.

– Yo sí que lo tengo *too*, ingratona, cuando sueño que tú me quieres; pero mira, niña: hace ocho días que no duermo pensando en un hombre que en mal hora ha *venío* á esta casa para llenarme el alma de congojas.

– ¿Y *pues* de quién hablas?

– ¿Mo te lo has *figurao*? del que no ha *venío* hoy, de ese buen *moso* santiaguino, á quien Dios confunda.

– Tú *tás* vuelto loco, Cuchito. ¿Piensas que una persona como esa había de querer casarse con una *huasa*?

– Casarse no, pero pienso que está *templao* contigo (enamorado de tí) y que no te disgusta su *temple*: ya lo creo, ¡como es tan *guapaso*!

– ¿*Sabis*, Cucho, que *estais mú cargoso* (cargante)?

– Lo que estoy es loco; tan loco, que sería capaz de matar á ese hombre si tú le correspondieses.

Antuca se puso pálida; envolvió á Cucho en una mirada, centelleante primero y graciosa después, en una mirada de las que apaciguan las tempestades de celos, y le dijo:

– Porque sabes que te quiero te pones así, pero *sábete* al *mesmo tiempo* que si por celos tocas á ese señor... ó á otro, jamás de la vida me casaré contigo y llegaré á tenerte tanto odio como amor te tengo en el día.

– ¡Ay, niña! pues no será mucho.

– *Geniaso* diablo, no me des penas, cuando no pienso más que en divertirme.

Y Antuca se dirigió á ocupar una silla junto á las *cantaoras* á tiempo que éstas decían:

Una mujer y una liebre
¡Ay, por Dios!
Se apostaron á correr
¡Ay de mí, qué haré yo!
Y como el premio era un hombre
¡Ay, por Dios!
Se lo llevó la mujer.
¡Ay de mí, qué haré yo!

Tremenda algazara siguió á la copla con la cual dió fin la tonada.

Los vasos de chicha corrían de mano en mano; las copas del aguardiente tampoco estaban en reposo, y cada cual brindaba con la persona de sus simpatías, siguiendo la costumbre de América, en donde nadie bebe sin invitar á otro para que lo acompañe.

– *Tomaremos* (beberemos) por esto, decían unos; *tomaremos* por aquello, respondían otros; por Antuquita; por la niña *regalona* (mimada) por su *paire* (padre); – y libación tras libación iban las cabezas desvaneciéndose, los pechos caldeándose, y ya se escuchaban frases apasionadas, se pescaban miradas tiernas, y se advertían contactos y cuchicheos íntimos y recatados.

Y es que el chileno, cuyo carácter difiere en mucho del resto de los americanos, no se muestra expansivo hasta que un agente cascabelero y entusiasta se le apodera del cerebro, dando al traste con la seriedad de que reviste todos sus actos.

Comienzan los compases de otra cueca y se oyen piafar caballos en el patio.

Antuca, apercibida antes que nadie, corre hacia la puerta y ve dos jinetes que echan pie á tierra: no cabe en sí de orgullo y de gozo; es el caballero santiaguino, es el buen mozo, que tantos celos inspira al mayordomo, que no se ha olvidado de su santo patrón.

Cesó la música porque todo el mundo se agolpó á la puerta para ver quiénes eran los recién llegados, pero Cucho que no necesitaba verlos para saber que allí estaba su rival, continuó inmóvil con la mano puesta sobre el gancho de la montura, los ojos fijos en el suelo y el oído atento á los golpes con que á su corazón llamaban los celos despiadadamente.

– ¡Cucho! – gritó Antuca – recoge estos caballos.

Una bofetada traidora que le hubieran dado, á él, que no aguantaba desmanes de nadie, no le hubiera producido ira más reconcentrada que la que aquel mandato le producía.

– ¿Qué *hacis*, Cucho? ¿no oiste? *Recogéi* estos caballos.

Cucho dió un paso, pero volvió á quedar inmóvil. Por fin, ejerciendo fuerte presión sobre su orgullo indomable, adelantó hasta la puerta; llamó con un grito á un peón y le transmitió la orden que había recibido, volviéndose inmediatamente al lado de la silla de montar que parecía objeto aquella noche de sus amores y de sus ilusiones.

Los recién llegados, después de saludar al amo de casa fueron con Antuca hacia la mesa llena de vasos, copas y botellas, brindando con la joven que con una copita de *mistela* acompañó las de aguardiente que tomaron ellos.

Ambos eran jóvenes y guapos, pero Ramón Llamas, el odiado rival del mayordomo de la *chacra*, era la más bella figura que un escultor pudiera elegir para modelo de mascúlina corrección.

Quizás en un salón del gran mundo no fuese tipo de suprema elegancia; pero en el campo, con el pintoresco traje de montar, en aquella atmósfera saturada de galantes requiebros, de amores apenas velados, y de confianzas que estaban muy lejos de ser licencias pero que seducían por el arrebatado desorden de la autonomía individual, era Ramón algo como una tentación diabólica que atraía las miradas de las mujeres y hacía con las suyas que la sangre de las impresionables *huasas* circulase por las venas cual ardiente lava por los calcinados surcos de las montañas ígneas.

– Creí que no venía V. á felicitarme, – díjole Antuca bajando los párpados con más cortedad de la que hablaba á su mayordomo.

– ¿Me echaba de menos, niña?

– ¡Y cómo no!

– ¿Es decir, que se acordaba de mí?

– ¡Qué gracioso! ¿Y no había de acordarme?

– Se lo agradezco: pues *tomemos* por ese recuerdo.

– Tomemos.

Esta libación era casi un pacto; y Cucho que los había visto beber brindando por algo que no comprendía,



LA PRADERA, cuadro de Julián Dupré, grabado por Baude

(Salón de París de 1889)



LAS LAVANDERAS, cuadro de Lhermitte, grabado por Baude



EL SECRETO SORPRENDIDO, cuadro de E. Meisel, grabado por Bong

pero por algo al fin, tuvo impulsos de interponerse y de arrebatar de la mano de Llamas la copa, antes que pudiera llevarla á sus labios. Reparó también ¿y cómo no repararlo? que habían bebido mirándose con fijeza, diciendose con la mirada lo que no puede traducir el humano lenguaje, y él sabía que esta manera de brindar era valor entendido entre enamorados que no necesitan balbucear frases para saber por lo que brindan y por lo que hacen votos.

He dicho que vestía Ramón Llamas el traje de campo y debo explicar en qué consistía.

Del pantalón poco puedo decir: desaparecía bajo las botas de cuero encarnado, que se prolongaban hasta el muslo, y una americana de terciopelo negro bajaba hasta tocar con la caña de la bota. El poncho de vicuña, corto, como en Chile se usan, habíalo recogido sobre el hombro derecho para más libertad del brazo, y un finísimo sombrero de castor, de anchas alas, sombreaba su rostro, prestando á la figura irresistible atractivo.

Ramón Llamas, vestido de aquel modo, estaba pidiendo á gritos el pincel de Van Dyck.

Cucho acumulaba todas las penas del infierno dentro del pecho, y clavaba las uñas en las palmas de las manos sin que los dolores del alma diesen permiso á la carne para sentir el martirio.

Ramón y Antuca fueron á sentarse juntos, muy juntos, y el santiaguino que en los primeros momentos pudo haberse mostrado poco expansivo, se transformaba á los ojos del huaso, que le parecía ver en él un demonio de siniestra hermosura, ante cuya presencia sentía flaquear su valor, porque era tan hechicero aquel hombre, que casi encontraba justificable la infidelidad de su amada.

La *cueca*, que se interrumpiera con la llegada de Llamas y de su compañero, comenzó de nuevo, y Cucho, sin meditarlo, obedeciendo seguramente al deseo de apartar á su niña de aquel satán fascinador, se dirigió á ella resueltamente y la invitó á bailar.

Antuca le contestó con bastante aspereza: – Después. Ahora voy á bailar con el caballero.

Sintió el huaso el desaire en medio del alma y sin replicar retiróse al sitio que parecía tenerlo encantado, pero rebosando odio por todos sus poros.

– Vamos á bailar esta copla, – dijo Antuca levantándose, sacudiendo su pañuelo y saliendo al medio de la sala seguida de Ramón que también se aprontaba para ponerse en facha.

La fisonomía de Antuca no brillaba con los fulgores de la coquetería y de la gracia, como cuando requebrándose juguetona se había puesto frente á Cucho. Estaba más pálida: sentía un desasosiego que jamás había sentido y por vez primera en su vida tenía necesidad de que se acabase la *remolienda* y hubiera querido quedarse sola con el hermoso forastero para que sin testigos le repitiese las palabras que acababa de decirle.

Cucho la devoraba con los ojos.

Comenzó la copla y comenzó el paseo de los bailadores.

La cantaora decía desgañitándose:

Y siempre dando y cavando
Contra tu propia existencia.

Las figuras habían comenzado y Antuca no parecía la misma: no mareaba á este compañero como había mareado al anterior; no le incitaba acercándosele para huir y obligarle á seguirla; por el contrario: se le pegaba tanto que en algunos momentos confundíanse sus alientos y la mocita aspiraba con la nariz dilatada, los ojos entornados y los brazos caídos un perfume embriagador que laxaba su espíritu y ponía en traidora tensión su sistema nervioso. Antuca no flameaba el pañuelo y esto era imperdonable en bailadora que tan á maravilla solía pasarlo rozando la frente del hombre.

Ramón contagiado por la languidez de Antuca cuidaba más de fascinarla que de ganar fama en el baile, pero la concurrencia que no podía conformarse con que los bailarines se acariciasen solamente con la mirada, comenzó á soltar frases de las que en tales casos se estilan:

– *Echale guaras*, – dijo una voz, y esto vale tanto como decir al hombre: «hazle quiebros y monadas.»

La cantaora repetía:

Y siempre dando y cavando
Contra tu propia existencia:
Si no *hallais correspondiencia*
¿Por qué te *estais* aguantando
¡Ay! ¡ayayay!
Que porqué te *estais* aguantando...

– ¡Aro! ¡aro! – gritó uno de los señoritos saliendo en medio de la estancia con una copa de aguardiente en cada mano, ofreciéndolas á los bailadores.

Las arpas y la cantaora cesaron, y por Dios que sin presumirlo fué oportuno el interruptor, pues ya por las pupilas de Cucho pasaban oleadas de sangre, y ni un segundo más hubiera dejado transcurrir sin lanzarse furioso en medio de la estancia para abofetear al hombre que le robaba su amor y su dicha.

La palabra ¡aro! pronunciada cuando se baila la zamacueca, supone interrupción del baile para beber, volviendo á reanudarlo una vez que se han apurado las copas.

Cucho salió al patio.

La cueca comenzó de nuevo y Ramón y Antuca volvieron á colocarse el uno frente al otro.

Ella miró recelosa á todas partes porque no estaba el huaso en su rincón, pero no alcanzó á verlo.

Cuando en la segunda vuelta comienzan las palmas de los concurrentes á jalear, animando á los bailadores, creyó oir Antuca que desde el patio los jaleaban también y le pareció que eran aquellas las palmas del mayordomo.

– *¡Echale guaras!* – dijo una voz ronca que la joven reconoció ser la de Cucho, y un frío glacial recorrió entonces sus miembros, pues no la inspiraba confianza aquella frase que venía del patio indudablemente y que estaba alterada tan perceptiblemente, que la joven tuvo miedo al huaso por vez primera desde que le conocía.

Entusiasmado Ramón, obedeció la voz de mando y se acercó á su pareja tanto, que se le vió posar sus labios sobre la cabeza que Antuca inclinaba más que de costumbre.

Una explosión de aplausos animó más y más al fogoso bailarín, y el entusiasmo de la concurrencia llegaba al colmo.

«¡Ay! ¡ayayay! – seguía *jipiando* la cantaora. – *Que porqué te estais aguantando...*»

Llamas imprudentemente arrastrado por las ardientes miradas que Antuca le dirigía desde que él la animaba con sus escarceos y por la proximidad del rostro que la *niña diabla* casi le abandonaba, iba á posar de nuevo sus labios no sobre el cabello sino sobre la mejilla incitante de su pareja, en el momento que un tiro de rifle sembró el terror y el espanto en aquella mansión de alborotada felicidad y el hermoso santiaguino cayó al suelo con el cráneo hecho pedazos.

. . . .

Cucho desapareció de la *chacra* sin que lograse verle jamás ninguno de sus conocidos ni la policía pudiese dar con él, pero mis lectores volverán á encontrarlo en un episodio de mis viajes.

Eva Canel

EL HOMBRE DEL VIOLÓN

(Continuación.)

II

Ninguno de los invitados faltó á la cita.

A las cuatro de la tarde se hallaban todos reunidos en el vestíbulo de la estación del Mediodía; el criado de Daniel, que se había adelantado de parte de su amo, había tomado billetes para todos y sin detenerse entraron en el andén y con bulliciosa algazara tomaron por asalto un departamento de primera.

Daniel, aunque un poco soñoliento, no parecía muy aburrido; de vez en cuando asomaba á sus labios una sonrisa entre plácida y burlona, contemplando á sus amigos. Estos se entregaban á las más variadas manifestaciones de júbilo. Joaquín canturreaba á media voz motivos de Mefistófeles; ponderaba otro el mérito de un soberbio *ponney* que acababa de comprar por diez mil francos; y Cucú haciendo los honores del *waghon*, interrumpía á todos presentándoles bien una raja de exquisito salchichón de lenguas de Vich, bien un rico sandwiche, bien (y esto con más frecuencia) una copa de Málaga seco, ó de Jerez oro.

De este modo y entre risotadas, blasfemias, murmuraciones y cantares, recorrieron el trayecto que separa á Madrid de V... á donde llegaron una hora después de haber salido. Era á primeros de octubre, pero el tiempo era apacible y templado. En la estación de V... tomaron un grande y desvencijado coche tirado por tres flacas mulas enganchadas á la calesera, é instalándose Daniel en el pescante, empuñó riendas y tralla, y azotando con mano fuerte á las pobres bestias, arrancaron éstas con tan inusitado brío, que en poco estuvo, al dar una vuelta de cerrada curva, necesaria para tomar la carretera, que no diesen en la arena el vehículo y sus ocupantes.

Gritaron éstos lo que no es decible, increpando al improvisado mayoral, pero éste sin hacer caso continuó arreando á las mulas y en menos de diez minutos salvó la distancia de media hora larga que separa la estación de la finca del conde. Después de atravesar por una hermosa puerta de hierro con que se remata y cierra la elegante verja que rodea el espacioso jardín en cuyo centro se halla edificada la casa de campo, el coche se detuvo en una ancha plazoleta, frente á la puerta principal del edificio. Allí se apearon todos. Joaquín, á quien decididamente le daba aquel día por la música, subido sobre el *perron* entonó el *Eccome al fine in Babylonia*, que en verdad nadie escuchó, sino fué la casera que, habiendo salido á recibir á su señorito, se había quedado aturdida ante aquella avalancha de locos.

Cucú, siguiendo en su empeño de ahorrar molestias al anfitrión, comenzó á dar órdenes á los criados, y después de haber visitado hasta los últimos rincones de la casa, á hacer la distribución de alojamientos para los convidados.

A las siete se sirvió la comida, y después de una larga sobremesa, Cucú que había averiguado que en V... se estaban celebrando las fiestas del pueblo, propuso ir á dar unas vueltas por la feria. Por aclamación fué aprobado el pensamiento, y poco después, los siete amigos hablando, riendo y alborotando como veinte, cruzaban á pie enjutos los arroyos y veredas que encontraban en el camino de atajos por donde el conde los llevaba á través de barbechos al pueblecillo de V...

III

¿Para qué hacer la descripción de éste? Todo el que haya visto un pueblo cualquiera de los alrededores de Madrid puede formarse una idea exacta de lo que es V... En torno, la monotonía de una inmensa llanura, la tristeza del desierto, la melancolía de la aridez, hecha más sensible por la presencia de unos pocos árboles, raquíticos y envejecidos sin desarrollo, y desnudos de hojas por una prematura caducidad otoñal.

En el interior calles anchas pero desniveladas y sucias; casas bajas y pobres, ennegrecidas por el humo, alternando con espaciosos pajares y graneros. La casa del pueblo, que parece una lonja, la iglesia encogida y como helada, hablándole al oído á la mezquina torre del campanario, que parece que, como los árboles, se ha quedado á medio crecer. Los habitantes todos de aspecto taciturno, de facciones abultadas, de andar pesado, de movimientos toscos, de voz gruesa, de maneras rudas, de inteligencia escasa y de limpieza negativa. El conde y sus amigos ya estaban acostumbrados al aspecto y modo de ser de los pueblos de Castilla, y no paraban mientes en estas circunstancias; ellos iban derechos á su objeto de divertirse á costa de aquellos baturros y así se encaminaron directamente á la plaza de la Fuente que era donde se hallaba instalada la feria.

No tenían las casetas que la formaban mucho peor aspecto que las que constituyen la de la Coronada Villa, corte de las Españas. Las mismas estacas, las mismas esteras, las mismas lonas y hasta los mismos géneros de venta. Sólo se diferencian ambas ferias, en que la de V... es más reducida y menos bulliciosa.

Daniel y sus amigos, después de haber paseado por el recinto de la plaza, echando chicoleos á todas las muchachas, y de haber provocado las celosas iras de más de un zagalón, se dedicaron á visitar, uno por uno, todos los barracones de monstruos, fenómenos y figuras de cera que constituían el atractivo más estridente y ruidoso de la feria.

Retirábanse después de haber dado bastante qué hacer en todos aquellos barracones, cuyos dueños perdonaban los pellizcos á la pantorrilla de la mujer gorda, la perdigonada á la cabeza del enano parlante y los cachetes al polichinela en gracia á la prodigalidad con que los *señoritos* pagaban sus entradas, cuando habiendo Cucú fijado su atención en un cartel pegado á la pared exclamó:

– ¿Queréis que vayamos al teatro?

– ¿Cómo? ¿Hay teatro en V...?

– Sí, contestó el conde: un remedo de teatro; el antiguo pósito del pueblo, un almacén destartalado en uno de cuyos extremos han hecho un tablado, y con unos bastidores y unas bambalinas pintadas por aficionados del pueblo, hágote teatro.

– ¿Y qué compañía trabaja? preguntó uno.

– Calvo y Vico, seguramente, contestó otro.

– No, replicó Cucú, que había estado leyendo el cartel: es una *aplaudida* compañía de la legua, dirigida por el *inteligente* primer actor y director de escena Juan Fernández, y de la que forman parte la distinguida primera dama Rosita Gómez, y el chistosísimo gracioso Benito Pérez.

– ¿Pérez, Gómez, Fernández? ¡Hombre! esos apellidos me suenan, dijo uno.

– Huelen á artistas á la legua, repuso otro.

– A artista de la legua querrás decir, observó un tercero.

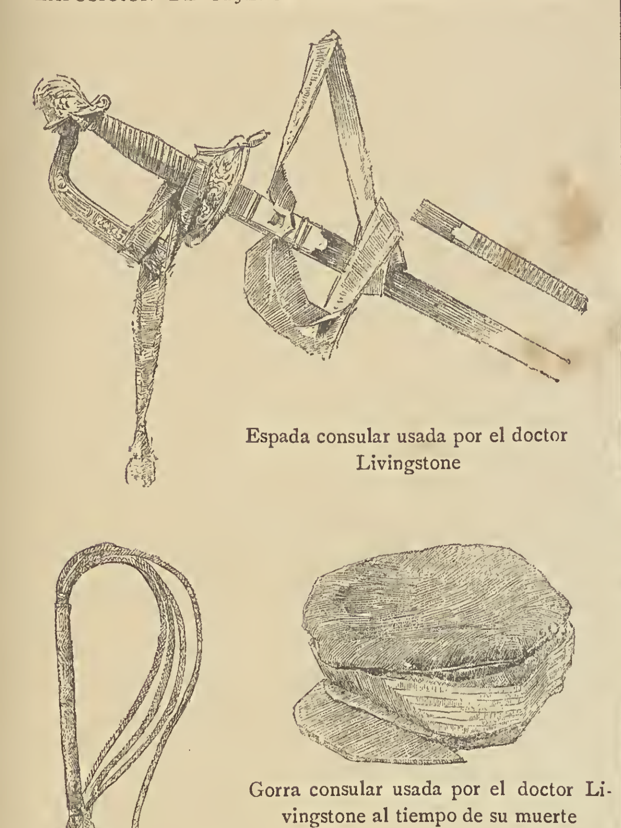
– ¡Al teatro, al teatro! gritaron todos, é inmediatamente se dirigieron á la calle del Pósito, en donde se hallaba el edificio que antiguamente servía de tal y que con pocas modificaciones en él introducidas, se halla hoy convertido en teatro. El aspecto exterior, aunque vetusto, no llamaba la atención, pues armoniza perfectamente con el general de las demás edificaciones del pueblo. Sobre la puerta se ve pintado un letrero de almazarrón que dice: «Teatro.» A la izquierda de la puerta hay otro, sobre una ventana, donde se lee: «Despacho de billetes;» éstos se dan á través de los barrotes de hierro que forman la reja de aquella ventana, y al acercarse á tomarlos el conde con sus amigos, ya pudieron oir algunos de los gritos que daba uno de los actores, sin duda el gracioso, pues el público hizo coro con estrepitosas risotadas. El despacho de billetes sólo estaba separado de la *sala* por un biombo, que servía al mismo tiempo de cancela para establecer una especie de vestíbulo.

Entraron nuestros jóvenes en la *sala*, y todos á un tiempo, casi instintivamente, sacaron sus pañuelos perfumados para defenderse del mal *olor de carne humana* (como hubiera dicho el ogro del cuento) que allí se sentía; pues, hacinados como sardinas en banasta, ocupaban el primer tercio del teatro como unos doscientos espectadores de *entrada general*. Una fuerte barra de madera los separaba de los palcos y lunetas: éstas eran de madera sin forro ni mullido alguno, y aquéllos eran una especie de grandes cajones colocados en fila á uno y otro lado de la *sala* y sobre un entarimado que á la par que defendía de la humedad del suelo, establecía mayor altura. El público en estas localidades de preferencia era escaso.

Los madrileños ocuparon los dos palcos más próximos al escenario; y su entrada algo bulliciosa distrajo por un momento la atención del público y actores. El que de éstos se hallaba hablando, equivocó tres palabras en una frase de cinco, y el que le había de contestar, sólo á la tercera llamada del apuntador volvió á estar en escena.

Terminóse á poco el primer acto entre los aplausos, voces y alguno que otro silbido con que el público demos-

EXPOSICIÓN DE OBJETOS PROCEDENTES DE AFRICA



Espada consular usada por el doctor Livingstone

Gorra consular usada por el doctor Livingstone al tiempo de su muerte

Látigo para esclavos expuesto en la Cámara de los Comunes en tiempo de Wilberforce

Una *para:* instrumento de seis cuerdas de la tribu de los djukos de Donga, río Benué

IV

Al comenzar el segundo acto, se hallaba en escena la dama. Era ésta de diez y ocho á veinte años, rubia, alta, bien formada; su vestido escotado y de manga corta, permitía apreciar la morbidez de su pecho y hombros, lo torneado de su cuello y brazos, lo blanco y fino de su piel. Su andar era sumamente gracioso, su talle se cimbreaba, y todos sus movimientos eran naturalmente elegantes y distinguidos. Su boca pequeña y roja, sus dientes blanquísimos y diminutos; sus ojos grandes y azules, largas y sedosas sus pestañas, arqueadas y finas sus cejas, sonrosada su tez, dulce su voz: un conjunto de encantos todo su ser.

No consiente el decoro á la pluma reproducir las frases atrevidas, los conceptos groseros, los deseos sensuales que allí se dijeron y expresaron: cualquiera puede imaginárselo con sólo recordar que eran los observadores de aquella hermosura, jóvenes viciosos, y pervertidos, y ricos, y que era el objeto de su atención una pobre cómica de la legua.

De cómo representaron ésta y sus compañeros la obra caída en sus manos, tampoco hay para qué decirlo. ¿Quién no ha visto alguna vez á esos desdichados *roedores* del arte á quienes sólo inspira la musa del hambre, si es que el hambre tiene musa? Alguien creyó descubrir en Rosita condiciones naturales para el teatro, que bien cultivadas y desarrolladas, podrían hacer de la inexperta niña una excelente actriz; pero sin que lograse fortuna este tema de discusión, todos convinieron por unanimidad en que como mujer, era la muchacha lo que se llama *bocato di Cardinale.*

Durante el entreacto pasaron los *señoritos* al escenario á visitar á los actores, y especialmente á Rosita. El cuarto de ésta se hallaba formado por un pequeño tabique de tablas que tendría unos siete pies de altura y que no llegaba por tanto á la alta bóveda que formaba el techo del local. En vez de puerta, había una cortina de percal á flores. Una pequeña consola con un espejito bastante empañado, una percha de hierro y dos sillas de Vitoria componían todo el mueblaje del cuarto, que era alumbrado por una candileja de petróleo sujeta á la pared por una escarpia.

Rosita, que no gastaba afeites ni postizos de ninguna especie, estaba mucho más hermosa de cerca que de lejos; la ingenuidad de su conversación, unida al encanto de su voz, no sólo hacían atractivo su trato, sino que imponían cierta respetuosa consideración á quien hablaba con ella.

Esto, más que la presencia de la madre – verdadera – de la joven, mujer ordinaria y de pocos alcances á quien la vista de tantos jóvenes ricos, todos nobles y elegantes, tenía turbada y confusa, fué lo que impidió que tuviese desarrollo más de una frase inconveniente y más de un concepto nada respetuoso. Los atrevimientos de aquellos jóvenes acostumbrados al trato de mujeres tan impúdicas como frívolas, expiraban ante la candorosa mirada inocente con que la inexperta actriz de ocasión interrogaba el sentido de algunas palabras que, de haberlas entendido, habrían teñido de púrpura sus mejillas.

No encontrando allí lo que buscaban, acortaron la visita, que se iba haciendo grave y por lo tanto fastidiosa para ellos, y con el mismo desatento bullicio con que habían entrado salieron del escenario y del teatro.

Después de haber pasado un rato en el casino del pueblo y de haber visitado á tres ó cuatro familias principales que agasajaron al conde y sus amigos, regresaron todos á la casa de campo donde aun prolongaron la velada hasta cerca de las tres de la mañana. En este tiempo hicieron variados y vivos comentarios sobre el pueblo, sus habitantes, la feria y el teatro, y por sabido se calla que fué la sátira el alma de la conversación, y que más que ingeniosa fué grotesca, más que delicada grosera, más que espiritualista sensual.

V

Al siguiente día se levantaron nuestros hombres casi á la hora de almorzar, y después de haberlo hecho opíparamente, pues el anfitrión era espléndido, salieron á dar un paseo por la finca del conde que era verdaderamente encantadora. Aunque ya la vegetación amortecía y las hojas amarilleaban, todavía se observaba la frondosidad de la



Vaso nupcial de bronce del territorio de Nupé



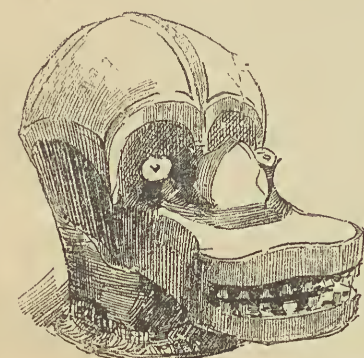
Vasija de tierra del Níger



Cántaro de bronce y cobre del territorio de Nupé

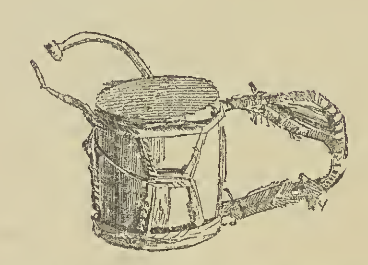


Tambor del territorio de Nupé

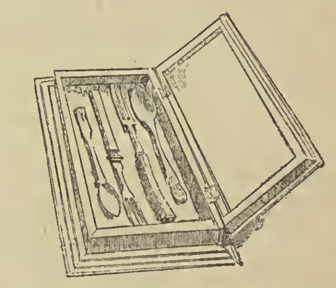


Idolo cubierto con piel humana. Las tres señales que se ven á un lado del cráneo son el distintivo de la tribu

Silla con ruedas perteneciente á un magistrado de Egové



Pequeño tambor de Saraji, Yurubaland



Tenedores y cucharas para te usadas por el doctor Livingstone en sus viajes

traba su alegría. Entonces la *orquesta*, ó mejor dicho el *quinteto*, pues se componía de cinco *profesores*, se puso á tocar un vals de Strauss con tan pícaro disimulo, que sólo el ejercitado oído de Joaquín pudo entre todos reconocerlo. Mientras los amigos de Daniel pasaban revista á los pocos ejemplares del bello sexo que en alguno que otro palco, pues en las lunetas no había más que hombres, llevaban aquella noche la representación de la buena sociedad de V...; él, presa nuevamente del fastidio, dejó caer su mirada indiferente sobre el grupo de *musicantes* que estaban con sus desacordes y desafinaciones ahuyentando á todos los espectadores y espantando á todas las ratas del local.

El que tocaba el contrabajo fijó su atención: era un hombre de rostro pálido, de barba roja, espesa y como apelmazada lo mismo que las cejas y el pelo; tenía los ojos pequeños, apagados y de un azul verdoso; llevaba unos anteojos de lente tan convexa que recordaban los faroles de un coche. Era delgado, de estatura mediana, iba vestido de negro pardo, con una corbata que, por insubordinación sin duda, se había montado sobre el cuello de la camisa, ocultándolo por completo. Ni en la muñeca flaca y huesosa de la mano con que oprimía los bordones del contrabajo, ni en la de la que manejaba el arco, se veía señal alguna de puño de camisa. Tenía los ojos fijos en el papel puesto sobre el atril, y parecía tan poseído del espíritu artístico, que nada de cuanto le rodeaba era bastante para distraerle. Por esto mismo no se enteraba de los frecuentes descarríos de los violines, que ni los golpes de batuta del director, ni las sonoras notas graves del violón tenían poder ni eficacia bastantes para atraerlos y retenerlos en el concierto común.

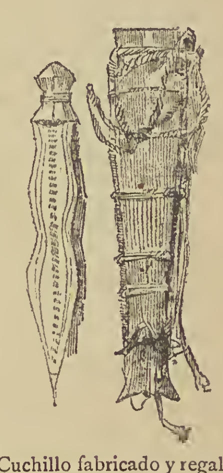
–¡Vaya un tipo raro! pensó Daniel.

arboleda que había detrás de la casa, la espesura de un bosquecillo de pinos que cubría una colinita, y sobre todo, la lozanía de un hermoso y bien cuidado jardín en donde los jazmines y aromas embalsamaban el ambiente con sus florecillas blancas y amarillas, y las dalias de variados colores atraían con la maravillosa combinación de sus matices. En un soberbio invernadero veíanse naranjos enanos, variedad de palmeras, cactus, azaleas, ficus y otras muchas plantas de difícil vida en este clima. En otro lado, protegida por un bosquecillo de álamos, había una gruta de rústico aspecto exterior, pero alhajada por dentro con ricos tapices y mullidos cojines orientales y taburetes turcos; á pocos pasos de la gruta brotaba una corriente de agua que iba á morir en un pequeño estanque donde nadaban dos cisnes blancos y un tropel de pececillos rojos, blancos y dorados.

Caprichosamente dispuestas se veían en varios parajes estatuas de Piquer, Vallmitjana, Pons, Gandarias y otros notables escultores representando dioses ó héroes mitológicos; después del jardín venía el parque y en él se hallaban, á un lado las caballerizas y cocheras, á otro el establo de las vacas suizas. Más allá la casa de labor, con el corral bien provisto de aves, corderos y lechones; y por último una especie de castillo feudal con sus torres, foso y rastrillo, era el palomar donde se albergaban unas trescientas palomas que cuando volaban en bandada eran el entretenimiento y regocijo de aquellos aldeanos.

El marquesito de Lapé quiso montar un potro todavía no domado que le estaban recriando á Daniel, y en poco estuvo no pasara el título al inmediato sucesor. Después ocurrió á Cucú la idea de verificar una becerrada en el mismo picadero, y poniéndola por obra, hizo llevar al anillo un novillo que, aunque no muy bravo, por fortuna dió bastante juego revolcando por la arena á tres ó cuatro de aquellos señoritos, con gran risa y alborozo del concurso, compuesto de gañanes, mozos de cuadra, mozos de labor, el mayoral de la finca, el picador, el ayuda de cámara de Daniel y toda la servidumbre, incluso la cocinera y la maritornes, que atraídas por el bullicio habían acudido, dejando en banda sus peroles y cazuelas.

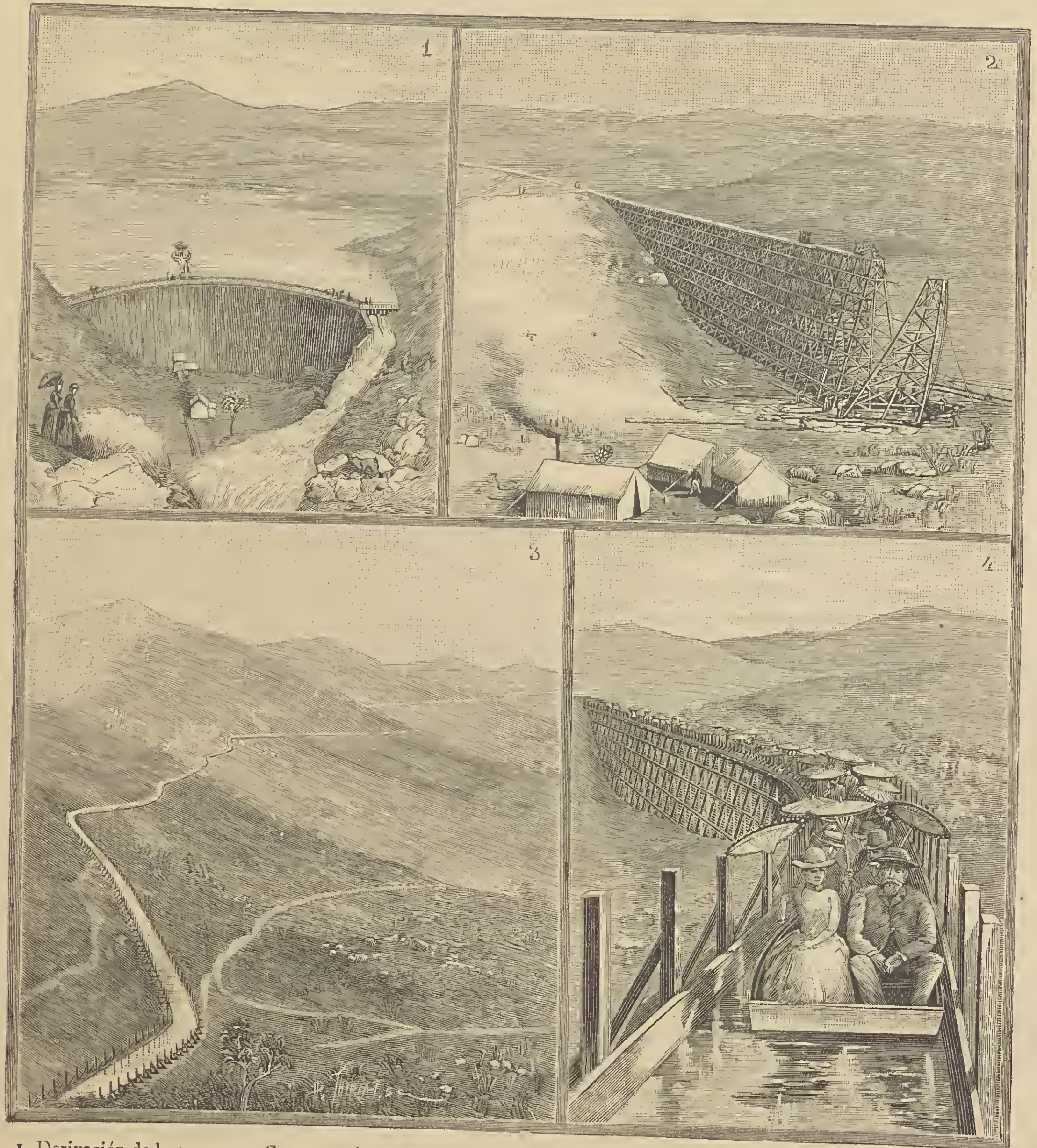
Todo esto no impidió que la comida estuviese á punto cuando llegó la hora, y que los comensales la comiesen con apetito é hicieran los honores á un número no escaso de botellas de Jerez, Chablis, Borgoña, Burdeos, Málaga y Champagne; apurado el rico moka, y dado el necesario reposo á la comida, entre el aromático humo de excelentes vegueros de la Vuelta de Abajo, la compañía se dispuso para asistir á un baile *de sociedad*, que se celebraba aquella noche en el salón de sesiones de la casa del pueblo, por ser el único capaz para el caso.



Cuchillo fabricado y regalado por un caudillo indígena al doctor Livingstone: llevado á Inglaterra por Mr. Stanley

Se habían colocado al rededor del salón (de donde habían desaparecido la mesa presidencial y los sillones de los ediles) unas doscientas sillas; suspendida del techo había una araña de cristal, propiedad de una cofradía que la llevaba á la iglesia el día de la fiesta de su santo titular;

OBRAS HIDRÁULICAS EN SAN DIEGO DE CALIFORNIA



1. Derivación de la presa. - 2. Construcción del Canal de conducción. - 3. Vista general del Canal. - 4. Paseo de visitantes

en las paredes se habían clavado las candilejas mismas que alumbraban la sala del teatro, pues aquella noche no había función. Sobre la plataforma de la presidencia estaba colocada la música, compuesta del mismo personal é instrumental que *amenizaba* los entreactos la noche anterior.

Cuando los madrileños llegaron al baile, ya éste se hallaba en el máximo de su animación. El bello sexo no estaba allí mal representado, pues la frescura y lozanía de muchos rostros jóvenes animados y alegres hacía olvidar la falta de transparencia del cutis, de delicadeza en las facciones, de suavidad en los contornos y de elegancia en los movimientos.

En los hombres no se podía admirar otra cosa que la robustez de su complexión y lo varonil de su continente. Se veían algunas levitas de anticuado corte, pero lo general era la chaqueta. Por ser el baile de *sociedad*, no llevaban puestos los sombreros, y á fe que no les embarazaba poco este chisme para el baile.

Cuando los madrileños entraron en el salón se estaba bailando una habanera, y tuvieron que esperar junto á la puerta á que terminara la danza, pues no era posible romper la muralla humana que les cerraba el paso. Al cesar la música, toda aquella gente allí parada se desparramó por el local, y entonces nuestros jóvenes pudieron penetrar en él. El conde, separándose de sus compañeros, fué á saludar á Rosita que con el rostro encendido y el pecho todavía agitado, acababa de tomar asiento junto á su madre, conducida por el caballero que le había servido de pareja.

– ¿Se divierte V. mucho, Rosita?

– Sí señor, bastante: está muy animado esto.

– ¿Tiene V. comprometidos muchos bailes?

– No: en cuanto hemos entrado me han venido á buscar para la habanera que se acaba de bailar, y V. es el primero con quien después he hablado.

– Entonces, me va V. á permitir un ruego.

– ¿Cuál?

– El de concederme todos los restantes números del programa.

– ¡Oh! no; me hace V. demasiado favor, y yo se lo agradezco; pero comprenderá V. que si yo accediera á su deseo, daría lugar á suposiciones inexactas.

– ¿Qué suposiciones?

– Podrían creer que entre V. y yo mediaba algo.

– No; eso no. Nadie puede suponer que yo la conociera á V. antes de venir á este pueblo, y menos aún que desde que la ví anoche, y sólo un momento, haya podido hacer con V. otra clase de relaciones que las de la más pura cortesía. Verdad es, ¿por qué negarlo? que su hermosura ha hecho en mí una impresión extraordinaria, y que desde anoche es V. el objeto constante de mis pensamientos.

– ¡Ay, Dios mío! ¿Y piensa V. que me lo voy á creer? Un caballero como V., acostumbrado á las hermosas y elegantes damas de Madrid, había de venir á sentirse impresionado por los atractivos de una artista como yo? Me va usted á hacer sospechar que trata de burlarse de mí.

– Juro á V., á fe de caballero, que la hablo con toda sinceridad; me precio de conocer el mundo, y desde el primer momento he adivinado en V. cualidades especiales de talento y de virtud, que la colocan muy por encima del nivel propio de la clase en que, tal vez por casualidad, la veo á V. colocada.

– Efectivamente, ha acertado en esto último...

– Perdone V. que la interrumpa: suena el preludio de un vals: ¿quiere V. ser mi pareja?

– Con mucho gusto.

PEDRO TALAVERA.

(Continuará)

OBRAS HIDRÁULICAS EN SAN DIEGO DE CALIFORNIA

El reciente desastre de Hassayampa (Arizona) ha llamado la atención sobre los procedimientos de riego de las desoladas llanuras faltas de lluvias de las regiones orientales de la América del Norte por medio de presas y acueductos.

El más perfecto y grandioso trabajo de este género es, quizás, el acueducto de San Diego, há poco terminado, construído con el objeto de surtir de agua á la ciudad y de regar las *mesas* circunvecinas, hasta hoy páramos estériles en donde prosperaban únicamente el cactus y el grosellero silvestre, vegetación cuyos días están contados, y que antes de poco se convertirán en hermosas praderas.

San Diego está situado en el extremo límite Sud de California en una espléndida bahía del Océano Pacífico: su población, que era de 3.000 almas en 1881 cuando se estableció allí el primer ferrocarril, alcanza en la actualidad la cifra de 35.000 habitantes; su puerto no tardará en adquirir enorme importancia, pues, distante 500 millas de San Francisco, está más cerca que éste de la Australia, de la América del Sud, del canal de Nicaragua y de un gran número de islas de aquel Océano. Pero el país, como toda la provincia de California, es pobre de aguas; para remediar esta causa de inferioridad se ha construído el acueducto que vamos á describir. El agua suministrada á San Diego se toma á una distancia de 50 millas (90 kilómetros), en las elevadas cumbres del Cuyamaca en donde las lluvias son abundantes y alcanzan de 30 á 40 pulgadas (hasta 1 metro) al año. El agua fluye continuamente y es conducida por medio de una serie de conductos subterráneos y canales de madera dispuestos de modo que de ellos resulten una pendiente de 4'75 pies por milla y una velocidad de 4 millas por hora. El depósito de distribución para el servicio de la ciudad está situado á 630 pies sobre el nivel del mar, siendo esta diferencia de nivel que se ha querido conseguir causa de los importantes trabajos de canalización que han debido llevarse á cabo. En el depósito se filtra el agua que, procedente del depósito de Cuyamaca emplazado entre montañas y á 5.000 metros sobre el nivel del mar, es desde allí distribuída á la ciudad en un tubo de 15 pulgadas de diámetro.

La capacidad del depósito de Cuyamaca es de 3.739.000 galones (16.825.500 litros), pero elevando la altura de la presa podría doblarse y aun triplicarse este volumen de agua en caso de necesidad.

La presa de este depósito tiene 720 pies (219 metros) de longitud, 35 (10'60) de anchura y 140 (42'50) de espesor en la base y 16 (5) en la parte superior. El agua, al salir de este depósito, se desliza fácilmente por el lecho natural de una estrecha garganta llamada Rowlder Creek, á unas 12 millas de la presa de derivación (fig. 1).

Esta presa, magnífica construcción de granito y cemento, tiene una longitud de 450 pies (137 metros), una altura de 35 y un espesor de 16 en la base y de 5 á 7 en la parte superior. El agua llega finalmente al gran acueducto (fig. 2) de 35'6 millas de largo por 6 pies (1'85 metros) de ancho y 16 pulgadas (0'40 metros) de profundidad. Este canal, cuyos costados podrán en caso de necesidad elevarse hasta 4 pies, se compone de planchas de *redwood* (madera encarnada en la que el agua no causa los mismos efectos de destrucción que en las otras) de 2 pulgadas (0'05 metros) de espesor asentadas sobre andamios sólidamente enramblados.

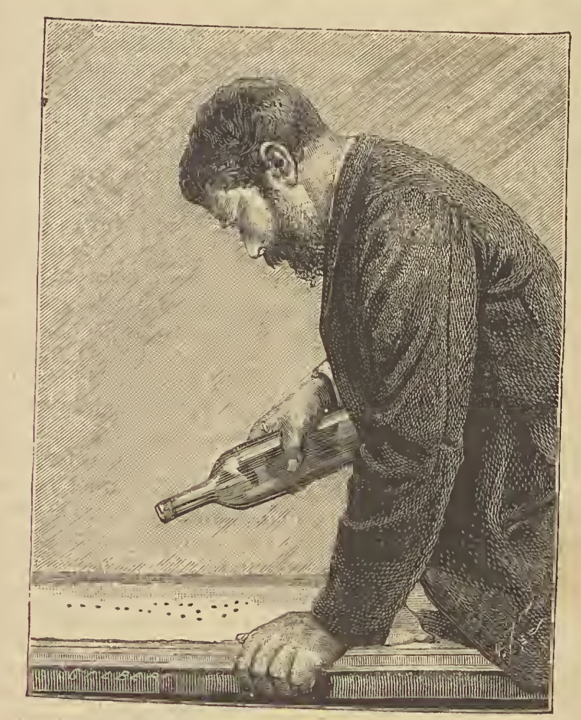
El acueducto, del que la figura 3 representa una vista en perspectiva, se divide en 325 secciones de las cuales la más importante es la de Los Cochos, de 56 pies (17'02 metros) de altura por 1774 (539) de longitud. El paseo en barcas sin quillas por este acueducto (fig. 4) constituye una excursión agradable é interesante. Otras secciones del acueducto forman túneles abiertos en el granito de algunos centenares de metros de largo.

El proyecto de esta gigantesca distribución de aguas fué concebido, hace tiempo, por Mr. Van-Dyke, pero los trabajos no comenzaron hasta 1886, habiendo sido preciso construir caminos especiales para el transporte de maderas en el que se han empleado 100 vagones y 800 caballos. A fin de evitar transportes inútiles, las maderas eran cortadas y trabajadas en el puerto de llegada de San Diego. Se calcula que este acueducto, cuya construcción ha costado 1 millón de dollars (5.250.000 pesetas), además de asegurar á San Diego una magnífica distribución de agua, permitirá regar de 40 á 100.000 acres de tierra. En caso necesario podrá aumentarse el caudal del depósito de Cuyamaca tomando agua de algunos ríos próximos.

FISICA SIN APARATOS

FUERZA CENTRIFUGA. – Si á los postres de una comida tomáis una botella de vino recién vaciada y después de haber dejado caer hasta la última gota preguntáis á los compañeros de mesa cuántas gotas creen que pueden salir aún de la botella, ninguno se aventurará á afirmar que algunos centenares. Apostad entonces por esta última afirmación, al parecer absurda, y cuando todos os contemplen con burlona é incrédula sonrisa, fácil os será demostrar la verdad de vuestro aserto. Para ello no tenéis más que colocar sobre una mesa una hoja de papel secante, inclinar la botella para que se vea que está completamente vacía y hacerle describir violentamente en el aire y por encima de aquél un arco: la fuerza centrífuga proyectará un gran número de gotitas que en el papel aparecerán innumerables. Repetid el experimento y cada vez se marcarán en el secante nuevas gotas.

Este experimento produce mejores resultados colocando el papel secante en el suelo y moviendo á pocos centímetros de él y del modo indicado la botella con las dos manos, con el cuerpo inclinado y las piernas abiertas.



Experimento sobre la fuerza centrífuga

(De *La Nature*.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN